

más ni á sí misma. Por tanto se abstenia de toda participacion en el ruidoso debate, y á la callada, en lo íntimo de su sér, se alegraba de todo cuanto contribuyese á la deseada soledad. Toda mujer ama un poco ciertos peligros; y Lucrecia mas que ninguna otra, por creerles vanos y ligeros á causa de lo desmedido de su orgullo, y de la absoluta confianza que tenia en sus propias fuerzas. Así presidia aquella justa de palabras sobre el tema puesto en cuestion por la algarazara de las educandas con toda la fria impassibilidad de una Diosa en su trono. Filippo, que en materia de amor tenia tanta perspicacia como en materia de arte, adivinó cuanto contenia el silencio de su amada; y dejó la porfía, reduciéndose á explicar con el doble sentido que el lector notará inmediatamente lo que ella en su rectitud debía decir, y lo que él en su creacion debía pintar.

—¡Lucrecia!

Dijo suspirando y volviendo los ojos hácia su amada con tal expresion, que Lucrecia sintió cierta especie de vértigo, como si la embriaguez manifestada en todas las frases del pintor la hubiera á su vez embriagado. Un silencio profundísimo siguió á esta exclamacion. La jóven no sabia qué responder. En aquella sencilla palabra ¡Lucrecia! iba encerrado un mundo. Mil ideas surgieron en el espíritu de la jóven, y sentimientos en armonía con esas ideas se agolparon á su corazon. No de otra suerte, un viento tibio en los primeros días de primavera suele derretir la nieve en las cimas de las montañas, llamar la flor á las yemas de los árboles, traer al nido los pajarillos, y animar por todas partes el calor de la vida que parece suspenderse ó aminorarse bajo los hielos del invierno. El corazon de Lucrecia se despertaba al amor; obstinadamente ciega, no lo conocia su conciencia. Viendo Filippo que no contestaba á su llamamiento, y que solo correspondia con miradas á sus miradas, continuó de esta suerte:

—Ya sabeis, Lucrecia, el encargo que la Priora me confia, y que yo acepto. Trátase de pintar la Asuncion, es decir, la Madre de Dios, ascendiendo en cuerpo mortal á los cielos, impulsada por el amor divino que debe envolverla como una luz celestial, animarla como un espíritu puro, subirla en alas aéreas á la gloria, sonar en sus oídos armonías angélicas, y darle esos éxtasis de la felicidad completa que se adivinan en la tierra y se logran en la bienaventuranza. Bien sabeis lo que es el amor deseado y no cumplido; sed sin agua, aspiracion sin satisfacciones, sufrimiento sin consuelo, vida sin esperanza, algo vivacísimo como el fuego, y que consume nuestra sangre, y tuesta nuestras carnes, infierno de los infiernos, tan terrible como los abismos donde tiene sus perdurables castigos la divina justicia. El que ama sin esperanza palidece á ojos vistas como si faltara sangre á su cuerpo y calor á su sangre. Su mirada toma un extravío semejante á la mirada del perro hidrófobo que ve correr el agua. El descuido de su trage, la indiferencia por su persona, el encrespamiento de sus cabellos, las lágrimas que hin-

chan sus ojos, la palidez de sus mejillas y de sus labios, dicen que para él no tiene precio alguno la vida.

Y el pintor de tal suerte ponía sus ojos en los ojos de Lucrecia, que la trastornaba y la hacia vacilar en su peana como si absorbiera uno de esos aromas demasiado vivos, cuyas emanaciones se suben con tanta facilidad á la cabeza. Nada respondia porque nada realmente tenia que responder á estas disertaciones encaminadas á industrialarla en la idea que debía representar, y por lo mismo repetir en su actitud y en su mirada. La gente, que oía al pintor, callaba tambien, absorta en escuchar su elocuencia. Solamente Serafin se inquietaba comprendiendo hasta dónde trascendian todas aquellas frases. Pero Filippo estaba harto embargado por el propio pensamiento y la contemplacion de Lucrecia, para notar las inquietudes y las zozobras de Serafin. Así continuó su discurso de la manera siguiente.

—Yo quiero que representeis el amor satisfecho, el amor correspondido, el amor feliz, pues eso, y no otra cosa, significa el amor celeste. Eterno ¡ah! no teme á la muerte. Seguro de sí mismo, no se nubla por el desengaño, ni tiembla por el desvío. La duda no entra en su serena felicidad ni se atreve á su constancia. Es un sol sin ocaso, un día sin noche, una felicidad sin sombras, una rosa sin espinas, una juventud sin recelo de que el tiempo traiga la vejez, una vida que se alza quebrantando y destruyendo á la muerte. Un amor sin esperanza es el infierno. Pues el cielo debe ser eso, un amor sin eclipses, sin desmayos, sin temores, sin celos, sin recelos; todo felicidad. Imaginaos que amárais y os viérais correspondida; y despues de correspondida, sintiérais que aquel amor os habia de acompañar toda la vida y encerrarse con vos en vuestro helado sepulcro, y seguiros donde quiera que fuéseis, al cielo ó al infierno. Pues centellearian de placer vuestros ojos, rosado carmin teñiría vuestras mejillas, la esperanza respiraría en vuestra respiracion, y una armonía de sentimientos, de ideas, de aspiraciones, de todas las facultades de la vida concluiría por daros esa expresion celeste que deben tener quienes sienten la felicidad sin recelo alguno de perderla.

—Juzgo que echas en olvido el encargo de la Superiora, dijo Serafin. Si tratáramos de un cuadro que representase humanos afectos, costumbres corrientes, pasajes históricos, santo y bueno todo cuanto dices. Pero, al tratarse de un cuadro religioso ¿á qué evocar el amor humano? La expresion que intentas prestar á Lucrecia con tu palabra, parece una expresion ajena al éxtasis propio de las visiones celestes y de la gloria eterna.

—¿Qué quieres? Respondió Filippo con vehemencia. ¿Qué pretendes? Sin duda alguna que trace aquellas figuras de Fra Angélico, largas de cuerpo, angostas de pecho, contrahechas de cintura, sin proporcion alguna entre el cuello y la cabeza, celestiales, si; porque allá en sus ojos y en su frente se concentra un alma venida del paraíso, y abrasada en las llamas del divino amor, bellissimo reflejo de la gloria, el alma del santo pintor que tra-

bajaba de rodillas y veía entre los arreboles de sus oraciones, como al través de una nube de incienso, la virgen ceñida de la luz divina y acompañada por los ángeles.

—No pretendo eso; te engañas. O mejor dicho, no te engañas; yerras á sabiendas. Haces lo de siempre; meterlo todo á barato para sustituir las razones con ruido. Vamos á cuentas. De ninguna manera te incito á que seas Fra Angélico. Cada pintor obedece á su propio natural primero y despues á las ideas de su tiempo. Entrégate, pues, con toda libertad á tus inspiraciones. La verdad te gusta más que el ideal. La naturaleza te inspira como á Fra Angélico le inspiraba la religion. Eres un artista de este mundo, que ninguna relacion puede tener con el otro mundo.

—Déjate de filosofías y al grano.

—Voy, voy. Refrena tu impaciencia. No por mucho madrugar, amanece mas temprano.

—Sí, por tal camino, y en tal galería, tiraré los pinceles, derramaré los colores, y me reduciré á disputar con vosotros. Esto no es un taller, ni Cristo que lo fundó; esto es un aquellarre. Así no podría trabajar ni el mismísimo demonio.

Y Fra Filippo contrastaba su aserto con su trabajo, pues á medida que se enfurecía con mas exaltacion, fijaba el pincel con mayor firmeza.

—No te hagas el mandria. Víte mil veces pintar y argumentar con igual desembarazo. Si te empeñas, mantienes en una mano el pincel y en otra mano la espada. Y combates y pintas si quieres; cuanto mas hablar y pintar al mismo tiempo, que aun es recreo y esparcimiento, Ven aquí, Filippo. Toda tu doctrina sobre el arte confirma mi dicho.

Filippo se bajó en este momento, dejando el trazado de su cuadro, á moler y arreglar ciertos colores.

—Ya se ve, todo lo haces tú. ¿Dónde te dejaste tu discípulo, el frailecillo Diamante, que tambien sirve para todos esos menesteres, secundarios impropios de tu mérito, indignos de tu renombre?

—En los infernos me lo he dejado.

Respondió Lippi, que se iba amostazando con Serafin hasta montar casi, casi en exaltada cólera.

—Tanto y tan grande es el empeño tenido en estar solo, que te has dejado en el taller á tu sombra, á tu acompañante perpétuo, á tu discípulo predilecto, al hermano del corazon, al amigo del alma, al que crees, con exceso de benevolencia, tu sucesor en lo porvenir y el heredero natural de tu génio y de tu gloria. Pero por estar solo, ni siquiera tienes quien te muele los colores.

—Pero á fé que tengo quien me muele el alma.

—Vamos, óyeme. Este es como los potros jóvenes, dijo Serafin dirigién-

dose á Lucrecia, espantadizo, inquieto, al freno poco dócil, pero noble de alma como gallardo de figura.

—Gracias. Ni por esas te perdono tus impertinencias.

Respondió Filippo.

—Eres un ingrato.

—No sé por qué.

—Porque te doy consejos.

—Inspiraciones he menester, que no consejos.

—La inspiracion es el fuego. Si lo dejas crecer á su arbitrio te devora la casa. El consejo recoge el fuego que quema y lo consagra á los menesteres de la habitacion y á las necesidades de la vida.

—Si te dejan hablar ¡vive Dios! que no te ahorcan.

—Pintor de la realidad, para trazar la pureza, la virtud, la hermosura, basta con que copies y retrates á Lucrecia, por cuya frente no ha pasado la nube de una mala idea y que tiene la inocencia virginal, tanto en la armonía de sus líneas, como en la dulzura de sus ojos. Pero si la exaltas con ideas mundanas; si le pintas el amor profano en comparaciones semejantes á la comparacion del perro hidrófobo; si, para llevarla á expresar la beatitud celeste, arrastras su alma por las escabrosidades terrenales, francamente nadie diría que ibas á pintar una Virgen, sino una cortesana.

—Muy bien dicho.

Exclamó Brígida con entusiasmo.

—¿Quién le da á su merced vela en este entierro?

Preguntó Lippi á la dueña.

—Yo me la tomo. Pues no faltaba mas. De fuera vendrá quien de casa nos echará.

—Vamos, dijo Lippi, desasiéndose del coloquio con Brígida, y encarándose frente á frente con Serafin, vamos á cuentas. El tema que has propuesto tiene importancia verdadera. Te lo confieso llanamente. Argúyeme de haber expresado el amor con palabras sobrado profanas ante dama que recata su hermosura. No puedes verter las ideas sino en palabras, ni pintar los bienaventurados sino en cuerpos, ni decir nada del amor divino sino en conceptos del profano amor. Cuando alguno de nuestros místicos ha querido expresar como una vision celeste le extasiaba, ha hablado del espíritu animal que está repartido por todo el cuerpo, como si su pasion tuviera algo que ver con el tacto; y del espíritu natural que reside en el estómago, como si tuviera que ver con el alimento; y del espíritu vital que reside en el corazon, como si tuviera que ver con la sangre. Recuerda aquella vision de una jóven, mal envuelta en manto rojo, tendida en el éther como en lecho de áureo tisú, y llevando en las manos un corazon abrasado de ardientes llamas. Diríase que es la pasion profana, y no es sino la teología divina. Y la joven ideal se comía á bocados el corazon encendido. Así, padre, yo tambien he

de decir á todos cuantos han hollado las sendas, ora espinosas, ora floridas, de los verdaderos amores: mirad y ved si hay dolor semejante á mi dolor. Yo he sentido mas que ningun otro mortal, y sintiendo mas, he expresado menos.

Y al decir tales palabras miró con mirada tan ardiente y tan expresiva á Lucrecia, que ésta sintió un dardo agudísimo penetrando hasta el fondo de su corazon, y se removió en su sitio como si la molestaran ó la hirieran acerbamente. Por esa fuerza representativa que tienen los afectos profundos, de cuyos senos se evaporan á cada instante ideas mezcladas con recuerdos, vió pasar las noches aquellas en que erraba el fantasma en las cercanías de su palacio, y creyó columbrar las mismas estrellas y las mismas miradas retrándose en su retina y en su alma. El dolor, que denotaba la amargura de acento con que Filippo decia la intensidad de sus pasiones y la endeblesz de su expresion, la llenó de amargura. Hubiera querido, creyéndose mas curiosa que apasionada, descender hasta el abismo de aquel corazon, y adivinar hasta los últimos repliegues de su secreto. Serafin, profundo observador, como acostumbrado de antiguo á lo que mas observaciones procura en este mundo, á la predicacion y á la confesion, notó las tempestades que se arremolinaban sobre la cabeza de Lucrecia, y dijo dirigiéndose á Filippo.

—¿A qué hora termina hoy tu trabajo?

—No sé.

Contestó bruscamente Filippo, á quien molestaba terriblemente el recuerdo de que pudiera acabarse aquella entrevista con Lucrecia, cuya duracion hubiera prolongado por toda una eternidad.

—¿Cómo que no sabe?

Preguntó extrañada Brígida.

—No sé, repito.

—Si la Madre Priora se lo dijo en mi presencia.

—Pues si me lo dijo, no me acuerdo.

—Debería acordarse.

—Si fuéramos á hacer todo aquello que debemos.

—Pues dijo que hasta la hora de visperas.

—Es verdad.

—De modo, añadió Serafin, que en cuanto suene la campana á visperas, se suspende esto.

—Ciertamente.

Respondió Filippo sin mas objeto que responder algo.

—Pues no lo echaré en saco roto.

Dijo entre dientes Serafin para su coleteo.

—Pintar, pintar esas perfecciones, exclamó Filippo con vehemencia dirigiéndose á Lucrecia, lo tengo por imposible. Al veros, caen desmayados los brazos faltos de fuerza, y desmayada la inspiracion segura de no poder

igualar tanta belleza. Pareceis el ideal realizado. Toda la hermosura celeste se ha compendiado en vuestra persona como en la persona de Cristo se encarnó toda la divina esencia. No hay medio alguno de copiar esa mirada mas rica en cambiantes y matices que el cielo y que los mares. ¡Repetir vuestra persona en las tablas! ¿Y quién repite ese aliento que todo lo embalsama, esa voz que todo lo encanta, esos ojos que todo lo iluminan? Fra Angélico pintaba de rodillas sus Vírgenes; y yo, hundido en tierra segun estoy de atónito y deslumbrado, despues de haberos dicho toda la admiracion que me inspirais, acaso pudiera expresar desde mi humildad el amor divino de que sois modelo y de que no puedo yo ser jamás fiel y obediente copista, porque necesitaria pertenecer á lo perfecto si habia de expresar y repetir como las siento y las conozco tantas perfecciones en vos contenidas.

Mientras Filippo, con toda la vehemencia de su palabra decia estas frases peligrosísimas, echando, como decirse suele, por el atajo, sin curarse de si le oian ó no le oian, Serafin se deslizaba de allí, se dirigia á donde estaba la Madre Campanera, y sin curarse á su vez de si era hora ó no era hora, pues apenas acababa de sonar el mediodía, tocaba á visperas, que solamente podian tocarse á las dos, espantando así á toda la Comunidad é interrumpiendo al pintor.